

SONATA

¿SABES QUÉ TE ESPERABA tras esos pasos del harpa llamándote de otro tiempo,
de otros días?

¿Sabes por qué un rostro, un gesto, vistos desde el tren
que se detiene al final del viaje,
antes de perderte en la ciudad que resbala entre la niebla y la lluvia
vuelven un día a visitarte, a decirte con unos labios sin voz,
la palabra que tal vez iba a salvarte?

¡A dónde has ido a plantar tus tiendas! ¿Por qué esa ancla que revuelve
las profundidades ciegamente y tú nada sabes?

Una gran extensión de agua suavemente se mece en vastas regiones
ofrecidas al sol de la tarde;
aguas del gran río que luchan contra un mar en extremo cruel y helado,
que levanta sus olas contra el cielo
y va a perderlas tristemente en la lodosa sábana del delta.

Tal vez eso pueda ser.

Tal vez allí te digan algo.

O callen fieramente y nada sepas.

¿Recuerdas cuando bajó al comedor para desayunarse y la viste
de pronto más niña, más lejana, más bella que nunca?

También allí esperaba algo emboscado.

Lo supiste por cierto sordo dolor que cierra el pecho.

Pero alguien habló.

Un sirviente dejó caer un plato.

Una risa en la mesa vecina, algo
rompió la cuerda que te sacaba del profundo pozo, como a José los mercaderes.

Hablaste entonces y sólo te quedó esa tristeza que ya sabes
y el dulceamargo encanto por su asombro ante el mundo,
alzado al aire de cada día como un estandarte que señalara tu presencia
y el sitio de tus batallas.

¿Quién eres, entonces? ¿De dónde salen de pronto, esos asuntos en un puerto
y ese tema que teje la viola
tratando de llevarte a cierta plaza, a un silencioso y viejo parque
con su estanque en donde navegan gozosos los veleros del verano?

No se puede saber todo.

No todo es tuyo.

No esta vez, por lo menos. Pero ya vas aprendiendo a resignarte y a dejar que
otro poco tuyo se vaya al fondo definitivamente
y quedes más solo aún y más extraño, como un camarero
al que gritan en el desorden matinal de los hoteles
órdenes, insultos y vagas promesas, en todas las lenguas de la tierra.

ÁLVARO MUTIS